

La palabra peregrino proviene de *peregrini* (extranjero), aquél que sale de su tierra por propia voluntad para acudir a un lugar santo.

En la Edad Media, existían los *romei* (romeros), que viajaban a Roma; los *palmieri* (palmeros), que se dirigían a Jerusalén, y los peregrini (peregrinos), que orientaban sus pasos a Santiago de Compostela.

En este siglo XXI en el que el mundo se nos queda pequeño, en la era en la que cualquier punto del planeta es posible a golpe de avión, ¿es una locura caminar con pasos de extranjero o *peregrini* la propia tierra? ¿Hace falta un lugar remoto, un camino lleno de penurias para conectar con un viaje interior? ¿Tiene sentido explorar lo que tan cerca tenemos? ¿Es realmente un viaje de descubrimiento peregrinar nuestro territorio, nos convierte en viajeros?

El antropólogo André Le Breton dice que «el peregrino es ante todo un hombre que camina, un *homo viator*, lejos de su casa durante semanas o meses (...). El peregrinaje es entonces (...) una larga plegaria ejecutada por el cuerpo».



Canfranc (Huesca) y su puente de Abajo o de los Peregrinos sobre el río Aragón

ITINERARIOS CULTURALES

Ruta jacobea en Aragón,

el Camino de la calma

Texto: Reyes Lambea. Fotos: Jesús Tejel

PEREGRINAR CERCA DE CASA

Sin duda, a lo largo de los siglos la forma de peregrinar ha evolucionado. De los motivos de unas y otros –religiosos, turísticos, exploradores, curiosos, artísticos, históricos, pe-

nitenciales, rituales, deportivos, espirituales, amistosos, impulsivos, los derivados de una promesa, o de la necesidad de poner tierra de por medio, para orar o reír..., o por el simple gusto de caminar o descubrir otra forma de viajar– queda, en ese *peregrini*, un camino

interior que sobreviene sin más a través de los días itinerantes, con la casa auestas. Se busca o no, caminar con un propósito te regala un poco –o mucho– de transformación. Física, seguro. El resto, cada cual y sus ganas de dejarse apelar por el viaje.

A todos esos motivos, añado alguno que he incorporado yo misma en estos años de días compostelanos. El primero, honrar la tierra de uno con sus pasos. El segundo, poner en valor las huellas de tantos que, durante siglos, vinieron por el Somport hacia Aragón, de muy lejos, con un propósito más grande que ellos. Se aventuraron por esos mismos caminos que visten nuestros domingos de verano, en días que acechaban lobos y ladrones o una muerte probable en la angustia de lo desconocido. El tercero, plantar pasos y dignificar aquellos tramos del Camino de Santiago con menos peregrinos –el aragonés es claro ejemplo–. El cuarto, demostrar –demostrarme– que el reto de la ruta jacobea en este siglo XXI es ignorar las fronteras entre comunidades autónomas –que para el peregrino carecen de significado– y aportar a un encuentro equilibrado entre ellas. El Camino de Santiago no es solamente Galicia o Santiago, sino todo lo que sucede, en cualquier punto del Camino, antes de llegar a Santiago. Y resulta que en Aragón existe un Camino de Santiago que grita que se camine, se cuente y cuente como cualquier otro.



Restos del hospital medieval de Santa Cristina, en el paso transfronterizo de Somport (Aísa, Huesca)

CAMINAR EN CALMA

Acostumbrada a senderos más transitados por peregrinos de muchas nacionalidades (el tramo navarro, el tramo gallego del Camino Francés), me costó entender la razón por la cual en mi tierra no sucede lo mismo. Primero me indigné, pero pensé que mi enfado no iba a contribuir a ensalzar el tramo aragonés –igualmente Patrimonio de la Humanidad, como el resto de la ruta jacobea–. Así que eché mano de los porqués de peregrinos amigos que eligieron esta vía, la de Somport y no la de Roncesvalles. Andreij, joven polaco muy viajado, que prefirió «senderos con menos gente». O Ramiro, jubilado de un pueblo aragonés, «no voy a empezar el Camino por otro lado teniendo aquí Somport». Concha, madrileña, avezada peregrina, con muchas compostelanas y caminos en su haber, porque «me gusta cada vez hacer un tramo distinto, huyo de aquellos por los que va todo el mundo». Y Reyes –servidora, escritora y peregrina–, a la que le interesa transitar más tranquila unos días, con el lujo de poder pararse en lugares algo más olvidados por las guías jacobeanas y continuar recolectando historias a paso lento. Y por eso, porque camino lento –y por qué no, cerca de casa–, quiero bautizar este Camino Francés, a su paso por Aragón, como *El Camino de la calma*. En un mundo que transcurre a demasiada velocidad, esa serenidad y conciencia de los pasos es la peregrinación que anhelo.



Canfranc habita entre la montaña y el río